

EL MILAGRO DEL ATEISMO

L ateísmo, en España, se puede considerar como un fenómeno que únicamente afecta por hoy a una minoría; pero que va trazando una curva peligrosamente creciente», dice el padre Gómez Caffarena, S. J., en la revista «Vida Nueva».

Más o menos lo que había dicho el cardenal Bueno Monreal en febrero: «Aumenta el número de los ateos teóricos, que son pocos en nuestra diócesis de Sevilla, pero constituyen minorías dinámicas, con fuerza y prestigio ante los grupos humanos en donde se desenvuelven... En el plano universitario... a veces avalan su incredulidad con una conducta perfectamente ejemplar, al menos en sus aspectos sociales y profesionales».

¿Cuándo se había dicho, por la Iglesia oficial española, esto? Quizá no había habido ocasión de decirlo, porque el ateísmo —en nuestro país— es un fenómeno nuevo. Pero hay que reconocer que nos encontramos ante dos eclesiásticos de altura —el uno cardenal y el otro teólogo— que confiesan paladinamente este proceso hacia la incredulidad.

En el mundo de hoy ocurre igual: nos acercamos al ateísmo en forma nunca conocida hasta ahora. De ser un fenómeno esporádico e individual, se ha convertido en algo constante y sociológico: no ocurre sólo de vez en cuando, ni tampoco es una reacción extraña de individuos sueltos; afecta a grupos, y no sólo a personas.

Hasta los teólogos hablan hoy —dentro de este clima de incredulidad— de una nueva teología, la de «Dios ha muerto». Teología de la que se han hecho eco revistas de tanta influencia y difusión como «Time».

S I antes escandalizaba que una mujer se volviera incrédula, hoy parece ya casi normal. Todavía, hace unos años, se veía con malos ojos que Simone de Beauvoir confesase lisa y llanamente que no creía en nada; pero en 1967 leemos con la mayor tranquilidad las memorias de la novelista Mary McCarthy contando su proceso de «desconversión».

El mundo ha cambiado. Y cambió sobre todo a partir de la gran guerra del 1914 al 18. La época en que todavía se permitía el poeta y dramaturgo católico Claudel incriminar al novelista Gide su abandono de la fe cristiana, época en que «el firme proselitismo de Paul Claudel inquieta a André Gide» (R. Mallet: «Correspondencia P. Claudel - A. Gide»).

Es un tiempo el nuestro en que ya se hace inútil plantear las cosas como lo hizo Claudel. Ya no se le puede decir —como hizo él— a bocajarro a uno —por muy amigo que sea—: «¿Por qué no se convierte usted?». Y si se hace, se expone uno a obtener en vez de una contestación, una reacción de desconcierto por una pregunta tan concreta y apremiante. Pregunta que fue seguida entonces por Claudel de un pequeño tratado abreviado de toda la doctrina cristiana; única cosa acertada, aunque leído el cual muchos católicos no se sentirían representados en ese breve programa religioso, porque, a la luz del Concilio, nos parece ahora demasiado tajante, abstracto y sin matices; incluso demasiado autoritativo, y poco evangélico.

En aquella —para nosotros— ya lejana época, había un floreciente grupo de católicos integristas que, como dice Gide, «se sirven del crucifijo como de un mazo». Igual que pasa hoy, lo mismo en Francia que en España, aunque los grupos integristas sean ya mucho más pequeños, pero igualmente violentos.

Las conminaciones duras, pero serenas, del católico Claudel impresionan todavía al ex protestante Gide. André Gide —en plena Guerra Europea— lee, por eso, diariamente los Evangelios y vive su más honda crisis religiosa.

Pero el fin de la batalla exterior —el armisticio— coincide con su paz interior. Gide le confiesa el final de sus creencias cristianas a Claudel diciéndole que «su inquietud religiosa ha terminado, y disfruta de una especie de felicidad basada en el trabajo y la simpatía». Es cuando se convence de que «lo que buscaba no era tanto una posada, cuanto mi propio hambre»; y por eso desecha —tras este descubrimiento sin meta— toda búsqueda ulterior.

Claudel es consciente de su fracaso porque ha querido condenar no sólo el error, sino al que se equivoca, y eso le ha llevado a un callejón sin salida.

Ha pretendido —con imposible pretensión— reducir a silogismos el profundo hallazgo del hombre moderno: el hallazgo de que «conocer a Dios es buscarlo», y con su absolutismo lógico Claudel sólo ha conseguido desanimar —de una manera definitiva— al caminante Gide en su búsqueda.

La religión se alcanza con inteligencia; pero no sólo con ella.

L horror que producía a Claudel la incredulidad de Gide es algo que se ha perdido. Hoy convivimos sin rebozo ni recato ateos y creyentes en un mundo donde el pluralismo de convicciones está a la orden del día.

Esta es la gran diferencia: hoy ya no podemos pulverizar, ni intentarlo siquiera, a quien piensa de distinto modo que nosotros.

¿Por qué? Porque partimos de una realidad interior, existente en todo hombre de buena fe, y no de unas razones externas. Y esa realidad interior —los católicos después del Vaticano II— la llamamos *cristianismo anónimo*.

La conclusión, entonces, es que la apologética —ese arte de razonar la religión— ya no se puede plantear ahora con una lógica, infantil por demasiado simple. Es natural por eso que el Papa nos invite a seguir un nuevo método de apologética, para hacer el mensaje cristiano más luminoso y más eficaz a este mundo desclericalizado, profanizado, que es el actual.

Hoy más que nunca nos hacemos conscientes —creyentes y no creyentes— que «sólo un insignificante tanto por ciento llega a la fe por el camino de la lógica; la inmensa mayoría de las conversiones se producen porque... se hace, de uno u otro modo, la experiencia de la llamada que viene de Dios», según dice el teólogo H. Lais. «No prestamos nuestra adhesión a Cristo convencidos por una cadena de razonamientos abstractos; sino llevados por un movimiento de todo nuestro ser». No es la inteligencia sólo la que nos acerca a lo religioso, sino la tendencia integral del ser humano, como descubrió el psiquiatra Jung.

La veracidad de la religión ya no se plantea en el plano conceptual; sino que depende de una fuente —que los cristianos creemos que es una persona como Cristo— de la cual brotan, para nosotros, la luz y el amor sobre los hombres. Si el cristianismo es esa luz y ese amor, con proyección social, es veraz. Si no, sólo es una alienación de la que todo hombre consciente debería huir, por muchas demostraciones que acumulemos en su favor.

Más que de la verdad teórica del cristianismo, hay que hablar hoy de su veracidad real. Y esta última creemos que la tiene, a pesar de los cristianos.

U N jesuita americano —el hijo de Foster Dulles, el antiguo secretario de Estado— ha escrito un pequeño libro donde resume, con manifiesta inteligencia, unas reflexiones muy parecidas.

Sinceramente creo que es casi el único libro válido de apologética que se ha escrito en estos últimos años. Y en él nos desengaña definitivamente de intentar separar la persona del fundador del cristianismo y de los primeros cristianos, de lo que es la historia objetiva, científica y racional. El cristianismo es más una persona, que unos pergaminos de hace siglos que se estudian con lupa; por eso el planteamiento religioso en él es distinto de un rosario de silogismos, aunque tenga necesariamente que ser sometido a la crítica.

El mensaje cristiano tiene una realidad por sí mismo, y no sólo por el formulismo de haber demostrado cualquier especialista —siempre imperfectamente por supuesto— su exactitud.

La fe no es preferentemente asentir a unos conceptos abstractos, sino la entrega a una persona, y a lo que ella supone. Por eso el cristianismo

Sahad Eddine, uno de los dirigentes más escuchados de la Unión Socialista Árabe. «El golpe ha sido terrible».

En el semanario «El Mousawa», Ahmed Baña Eddine, autorizado editoralista, afirma que «la primera carta

que podemos jugar es el frente interior; para reconstruirlo, no debemos ocultar ninguna verdad, sea cual fuera. Sólo con la verdad, por amarga que sea, se educa la opinión pública».

JOSETTE ALIA

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

es la entrega a su fundador, al gran personaje Jesús, y a lo que él y su actitud con el mundo supone. Eso, y no un papanatismo intelectual, es la fe. Así lo ha demostrado el teólogo y escritorista R. Schnackenburg.

Hoy —por otro lado— el milagro —el argumento tradicional en pro de la religión— tiene poca efectividad. Ya no sirve como en siglos que había una profunda fe. Y nos empeñamos, sin embargo, en proponerlo a la faz de la gente, que se mueve en medio de la incredulidad, como medio adecuado para acercarse a la religión, y el resultado es la irrisión de los no creyentes.

¿Por qué? Porque hemos olvidado que «la fe debe preceder al milagro», como dice el escritorista católico K. Lammers. En los Evangelios, igual que en la era apostólica, siempre se procedía así: nunca se pensó que el prodigio pudiera convertir por sí mismo al que no posee ninguna fe.

Ante un prodigio —se pregunta el creyente del siglo XX—, ¿qué es lo que puede decir el científico? Como hombre de ciencia no puede decir nada más que: «No entiendo nada». Y, si es riguroso con su método científico, con él —con ese método— no puede ir más allá. «La ciencia no puede pronunciarse sobre el carácter milagroso de un hecho», dice otro teólogo belga, el padre Louis Monden.

«Si existe un milagro, sólo es dentro de una situación religiosa», continúa diciendo este teólogo. El milagro es sólo un signo, y «la certeza de los signos, no puede disipar las sombras de la fe».

Hace cincuenta años lo había dicho el padre Rousselot, S. J., combatido inmediatamente por algunos seguidores empedernidos de Santo Tomás. Este excelente pensador afirmó que «los ojos para ver que la revelación cristiana es creíble, son los ojos de la fe».

Por eso, el único milagro eficaz hoy es el *milagro moral*. Si yo veo, como veían los paganos del siglo I, que los cristianos son humanamente eficaces, que su fe tiene una proyección social, entonces *creeré* en el cristianismo, porque será ese signo un prodigio de «desalienación» personal y social. En cambio, si presento muchos prodigios físicos —la sangre licuada de San Genaro, el sol danzante de Fátima, las lágrimas en los ojos de barro de una Virgen— nada conseguiré de los hombres de hoy. Lo más que haré —con este equivocado planteamiento— será canalizar esa credulidad difusa de los crédulos, que no son verdaderos creyentes en el amor del Evangelio. Por eso, estos crédulos, necesitan de una maravilla que, por arte casi mágico, resuelva los problemas de la angustia humana.

En vez de buscar la lucha por la justicia, luchan por una primera fila en el espectáculo de Lourdes o Fátima, cuando no en manifestaciones religiosas rechazables como la de las niñas de Garabandal.

Esa confusa sed de credulidad alienante es la que fomentan todas las milagrerías. Porque se prefiere, equivocadamente, la confesión de una simuladora, convicta y confesa, como la niña del pueblo de Santander antes citado, que el mensaje de amor que nos enseña el Evangelio, y que hoy tiene implicaciones sociales que no son fáciles de cumplir para nuestro egoísmo.

A los católicos, muchas veces, nos es más fácil refugiarnos en la ilusión, que en la dura realidad que debemos transformar para conseguir más justicia en el mundo. Con lo cual toda nuestra defensa teórica de la religión fracasa.

Esas son las razones por las que hoy debemos preferir, en la apologética que debemos construir, el milagro moral al milagro físico, la proyección social del mensaje evangélico a la evasión pretendidamente espiritual a las nubes celestiales.

La única apologética hoy válida es la de la sinceridad. «Jesús promete su luz a todo aquel que busca la verdad para conformar a ella su vida» (Monseñor Straubinger). Así resulta que «la apologética por excelencia es la del Evangelio mismo» (idem). La verdad es luminosa por sí misma; pero sólo lo es para el que la practica en su vida moral, sobre todo cuando se proyecta en la sociedad de su tiempo, haciéndola más justa.

Y éste es el milagro que exige hoy el ateísmo a los cristianos.

LA BOMBA "A" DE ISRAEL

TODO el mundo se hizo la misma pregunta durante la crisis. Ocho días después de terminados los combates, cierto periódico inglés creyó tener la respuesta: «Sí, los israelitas tienen la bomba atómica. E incluso disponen de los aviones necesarios —"Mirage IV", franceses— para poder lanzarla sobre El Cairo o sobre Damasco». Inmediato mentís francés. «Nunca hemos suministrado a Israel aviones del tipo "Mirage IV". Mentís israelita: «No solamente no tenemos la bomba, sino que nunca hemos llevado a cabo ningún programa de investigaciones atómicas en el campo militar».

De hecho, si los israelitas aún no disponen de la bomba atómica, lo cierto es que podrán fabricarla el día que quieran. La puesta a punto de un arma atómica de poca potencia, no plantea problemas teóricos o técnicos tan difíciles que no puedan resolverlos un buen equipo de físicos. Ya no existe el «secreto de la bomba "A"», y los que aún no conocen la fórmula pueden encontrarla en muchas publicaciones científicas. Un centro de investigaciones bien equipado, un grupo de físicos y químicos competentes, algunos matemáticos para calcular la «configuración» del ingenio, una pequeña industria de armamento moderno y bastantes créditos, es todo lo que hace falta para fabricar unas cuantas bombas nucleares.

El problema fundamental sigue siendo el del abastecimiento de combustible nuclear. Hay dos caminos: el del uranio 235 o el del plutonio.

El «U-235» es uno de los materiales más caros del mundo. Hay que aislarlo del «U-238» (que constituye la casi totalidad del uranio natural) en plantas de separación isotópica extremadamente costosas, como la de Pierrelatte. Y los países productores de «U-235» son reacios a su venta. Es por eso por lo que Francia, no pudiendo hacerse con «U-235», tuvo que emplear el plutonio para fabricar sus bombas «A».

El plutonio es un subproducto de la fisión del uranio natural en reactores atómicos. Es, pues, mucho más fácil de obtener y, al mismo tiempo, menos costoso. La principal dificultad consiste en extraer el plutonio del uranio, en cuyo seno se ha formado, lo que hace necesaria una planta de tra-

tamiento como la que el Comisariado Francés de Energía Atómica acaba de terminar en el cabo del Hague.

Una bomba de plutonio necesita, según cual sea su configuración, de cinco a siete kilos de combustible. Repartido en dos masas dentro de una especie de cascarón metálico, el plutonio explota de manera espontánea cuando las dos mitades de la carga se unen por la acción de explosivos clásicos.

En el dominio de la investigación atómica pacífica, Israel ha progresado mucho. Sin posibilidades de obtener petróleo árabe, sin agua dulce para el regadío y sin carbón, los israelitas empezaron a interesarse por la energía nuclear nada más constituirse su Estado. Sus equipos de investigadores e ingenieros, de talla internacional, han puesto a punto, y vendido a Francia, un nuevo procedimiento de fabricación de agua pesada y un método de extracción de uranio a partir de los fosfatos del mar Muerto. Esta producción se completa con compras importantes, aunque muy discretas, en países como África del Sur.

En 1950, Francia empezó a colaborar estrechamente con los israelitas en el dominio de la investigación civil. En 1953, los Estados Unidos hicieron posible la construcción en Nahal-Soreq del primer reactor de investigación israelí, suministrando al Estado judío las trece libras de «U-235» necesarias para su funcionamiento. Años más tarde, el Gobierno francés autorizaba la exportación a Israel de un nuevo reactor que se instaló al Sur de Beersheba, en Dimona. Con una potencia de 34 megavatios, dicho reactor empezó a funcionar a finales de 1964. Utilizado para fines experimentales y para la producción de radio-isótopos, ha hecho posible la edificación en el Negev de un importante centro de investigación nuclear. Han circulado rumores en torno a la existencia de un tercer reactor israelí, pero no han podido hasta ahora ser confirmados.

Si quisiesen asegurarse una total independencia atómica, los israelitas tendrían que construir su propia planta de tratamiento de combustible irradiado. Pero su coste sería excesivo para este pequeño país.

MARC GILBERT
Fotos EUROPA PRESS